

Arabia Saudí: Los islamistas corta-cabezas preferidos por Occidente

4 de enero de 2016. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. Las más recientes ejecuciones en Arabia Saudí deberían dejar muy claro que “la guerra contra el terrorismo”, de las potencias de Occidente no tiene nada que ver con oponerse a las decapitaciones y al sectario fanatismo religioso. En vez de condenar este crimen, Estados Unidos, Reino Unido, y otras potencias occidentales continúan dándole al régimen saudí, si no su bendición política públicamente, por lo menos su respaldo práctico, a nombre de las alianzas necesarias que dicen ellos se derivan de esa “guerra contra el terrorismo”.

Estos crímenes fueron parte de los denodados esfuerzos de la familia real saudí por defender su gobierno esgrimiendo la violencia estatal y la autoridad religiosa, representadas en la espada de los verdugos. El más conocido de los ejecutados era Nimr al-Nimr, un importante clérigo chiita juzgado en secreto y acusado de apoyar al movimiento de protesta que sacudió a la población chií en el oriente de Arabia Saudí y el vecino Bahrein en 2011, en especial entre los jóvenes influenciados por la Primavera Árabe. Varios acusados de participar en los mítines políticos de ese momento, arrestados cuando eran adolescentes, están a punto de ser ejecutados.

La ejecución de Nimr, y la de varios chiies más, fue una atroz respuesta a las legítimas protestas contra la discriminación en el empleo, la educación y otros campos; una prueba, si es que se necesita alguna, de que el régimen saudí, en vez de alejarse del fanatismo religioso durante el año de reinado del rey Salman y sus príncipes, sigue intensificando el uso del asesinato justificado con la religión contra cualquier desafío político.

Aún más, esta fue una deliberada provocación contra las fuerzas políticas chiíes a nivel internacional, especialmente contra el régimen iraní, muy probablemente con la esperanza de obligar al clero iraní gobernante, famoso por sus ejecuciones en masa, a reaccionar de tal manera que se complicaran los esfuerzos de la gente del régimen que busca generar acuerdos con EEUU y con aquellos de la clase dominante estadounidense que creen que los intereses de EEUU exigen hoy tales acuerdos.

También buscaban ponerles fin a los desafíos a la legitimidad de la Casa Saudí, por parte de Al Qaeda, Estado Islámico [ISIS o Daesh], y otros similares, dentro y fuera del reino e incluso entre la miríada de miembros de la familia real, aprovechando el papel de líder de todos los creyentes sunitas, con insinuaciones de una confrontación religiosa.

Las ejecuciones fueron un acto brutal pero no loco, servían a objetivos políticos muy claros, los mismos objetivos tras la guerra encabezada por los saudíes en Yemen y los esfuerzos saudíes por confrontar en asuntos religiosos al régimen de Assad y sus patrocinadores iraníes, y competir con la sharia del EI imponiendo la sharia saudí. Estos son objetivos que, en algunos aspectos, convergen con las ideas de las potencias de Occidente acerca de cómo moldear a su favor el caos en el Medio Oriente.

La diferencia con el EI no es que el régimen saudí sea más “moderado” o de alguna manera menos cruel. La relación de la monarquía con EEUU es compleja y potencialmente volátil, EEUU ha jugado en ambos bandos de la división sunita/chií, incluso trabajando con el régimen fundamentalista chií de Irán en algunos lugares en algunos momentos. Pero el hecho es que EEUU y sus aliados no hubieran podido dominar el Medio Oriente sin su alianza con Arabia Saudí, tan tensa como pueda ser esta alianza para ambas partes en este momento.

Es por eso que el presidente estadounidense Barack Obama, el primer ministro inglés David Cameron y el presidente francés François Hollande han guardado silencio ante estas ejecuciones. Inicialmente pusieron a sus segundones a que se quejaron de la atmosfera general de “tensiones sectarias en la región”, como si la misma intervención de Occidente no fuera el más grande factor que atiza el voraz torbellino de conflictos religiosos en el Medio Oriente. Al aumentar la conmoción, sus gobiernos expresaron preocupación únicamente sobre los posibles inconvenientes políticos que podían surgir por los asesinatos y no por la injusticia que representan.

El editorial del 4 de enero del periódico inglés *Independent*, no podía ser más explícito, aunque distanciándose del descarado entusiasmo del Partido Conservador por el régimen saudí —advirtiendo que Cameron recientemente respaldó la exitosa candidatura saudí a la presidencia del Concejo de Derechos Humanos de la ONU—, el diario concluye que “no está dentro de nuestros intereses ver, mucho menos provocar, la caída de la Casa Saudí”. Esta también es, obviamente, la política seguida por Obama, que hace un año proclamó “la importancia de la relación estadounidense-saudí, como una fuerza para la estabilidad y la seguridad en el Medio Oriente y más ampliamente”.

Los imperialistas de Occidente siempre han sabido cómo es el régimen saudí. Siempre ha practicado la decapitación de supuestos apóstatas (acusados de abandonar el islam) —tiene programada la ejecución del joven poeta y artista palestino Ashraf Fayadh por este “crimen”. Muchas de las 153 personas ejecutadas en 2015, y del total de al menos 2.200 ejecutados durante las últimas tres décadas eran trabajadores migrantes del sur de Asia y otros lugares, quienes construyeron los fastuosos palacios, centros comerciales, museos, estadios, y otras maravillas arquitectónicas de la región del Golfo en condiciones de virtual esclavitud impuesta con la espada.

Los gobernantes saudíes están en deuda por sus espadas, en el sentido más amplio, con las potencias de Occidente. En noviembre, poco antes de las ejecuciones y mucho después de que el gobierno saudí anunciara sus planes de llevarlas a cabo, el Departamento de Estado de Obama aprobó un pedido saudí para comprar 1.290 millones de dólares en bombas y misiles. La página web del Departamento de Estado muestra un escalofriante listado de las compras, el tipo de municiones que Arabia Saudí y sus aliados del Golfo han estado haciendo llover sobre el pueblo de Yemen en una guerra que ha matado al menos a 5.700 personas, la mitad de ellas civiles, desde que comenzara la invasión por aire y tierra en marzo de 2015. Esta guerra de agresión contra un país que Arabia Saudí ha considerado tradicionalmente como su legítimo “patio trasero”, no se podría realizar sin el respaldo logístico, el reabastecimiento aéreo de combustible y los equipos que definen los blancos proporcionados por EEUU —este último aspecto hace a Washington responsable directo del bombardeo a escuelas y hospitales.

A pesar de lo complejo de los factores, esta guerra, así como las ejecuciones, se realizan en nombre de la autoridad religiosa de la familia real saudí contra los chiíes y otros “infieles”. (Los rebeldes hutíes en Yemen, cuya bandera religiosa saidista hace que su fe sea prima del chiismo, tienen el respaldo de Irán —lo cual está lejos de ser el principal factor en la rebelión de los hutíes y otros contra el régimen respaldado por los saudíes). Este es otro ejemplo de cómo los saudíes están buscando escalar la dimensión religiosa de los conflictos de la región, con apoyo concreto de EEUU.

Obama se reunió con el rey Salman luego de su coronación hace un año, y su reinado ha sido alabado por comentaristas occidentales como el conocido liberal estadounidense Thomas Friedman (*New York Times*, 25 de noviembre de 2015, escrito cuando ya habían decidido las ejecuciones) como el inicio de una era de reformas. La principal “reforma” hasta ahora ha sido celebrar elecciones para los intrascendentes organismos municipales, y permitirles a las mujeres votar en estas, pero no conducir a los puestos de votación ni a ningún otro lado ni tomar decisiones sin el permiso de su guardián masculino. Durante el último año el régimen saudí aumentó sus ejecuciones, en algunos casos crucificado a los decapitados y dejando descomponer sus cuerpos a la vista pública.

Miembros de la familia real (que, gracias a la poligamia, son miles) y miembros de alto rango del mismo régimen han respaldado a Al Qaeda, y el régimen hizo frente a las más duras críticas de Al Qaeda por el emplazamiento de tropas estadounidense en tierras santas musulmanas, con la transferencia de esas tropas a bases militares a otras partes del golfo. En Siria, Arabia Saudí ha armado y financiado una cambiante constelación de alianzas fundamentalistas islámicas. En cuanto al EI, que comparte la ideología (fundamentalista) salafista que legitima al gobierno de la Casa Saudí e igualmente centra su sistema de relaciones opresivas en la extrema opresión de la mujer, el cambio de nombre del grupo de Estado Islámico de Irak y el Levante (EIIL) a Estado Islámico, señaló una amenaza directa a la pretensión del régimen saudí de tener la autoridad sobre los musulmanes sunitas del mundo.

La monarquía absoluta saudí exige obediencia como la “protectora de la Umma” (la llamada comunidad de creyentes) en la Tierra, y no sobre la base de un gobierno religioso directo como el califato del EI, dirigido por un autoproclamado descendiente de Mahoma. Esta distinción es una amenaza a la existencia de la dinastía Saudí, y al mismo tiempo no es que constituya una gran diferencia, especialmente en la medida en que los saudíes responden al sello particular del EI, su determinación de exterminar a los chiíes por apóstatas, peor que infieles, entronándose como los más grandes asesinos de chiíes.

Las potencias imperialistas de Occidente sabían muy bien qué estaban consiguiendo en sus relaciones con los saudíes. Inglaterra ayudó a establecer la monarquía en 1932, luego de alentar el auge del wahabismo (la forma específica del salafismo asociada con las autoridades tribales árabes) en su campaña por hacerse con el Imperio Otomano. En un tratado de 1945 firmado por Franklin D. Roosevelt, EEUU prometió mantener a la monarquía saudí en el poder, pacto renovado por George W. Bush en 2005. Aunque EEUU le arrebató el país a Inglaterra, como parte de reemplazar la dominación británica del Medio Oriente, Reino Unido sigue manteniendo estrechos vínculos financieros y militares con Arabia Saudí. Francia, bajo el presidente socialista Hollande, hoy también está forjando nuevos lazos políticos y militares con el régimen.

Sin embargo, la conexión de Arabia Saudí con el imperialismo ha transformado profundamente al país y a su clase dominante. Como otros Estados del Golfo, se ha convertido en una importante base de acumulación de capital en sí misma dentro de la globalizada economía capitalista dominada por las potencias imperialistas de Occidente. Esto se ha dado tanto a través la explotación en el Golfo de obreros del mundo musulmán y más allá, como debido a la inversión de capital saudí y de otros capitales del Golfo en países mucho más grandes como Egipto, cuya economía y vida política y religiosa están condicionadas por esta relación.

De muchas maneras, como la influencia política y los subsidios a regímenes como el pakistaní, la inculcación de la religión a los millones de árabes llevados a trabajar en el Golfo y el patrocinio a enormes instituciones religiosas y de “caridad” y a cientos de tele-evangelistas y medios de comunicación, Arabia Saudí y otras monarquías del Golfo son los principales vectores de introducción del salafismo moderno en el mundo musulmán sunita, al tiempo que todos estos países están más conectados que nunca al mercado internacional y al sistema capitalista global, con todas sus inevitables rivalidades entre las clases dominantes que pueden acumular capital únicamente a costa de una mortal competencia entre sí.

Es cierto, como dijo Obama, que “la relación saudí-estadounidense”, ha sido invaluable para EEUU y Occidente como una “fuerza para la estabilidad y la seguridad en el Medio Oriente y más ampliamente”. Pero al mismo tiempo esa relación ha jugado un importante papel en la creación de las condiciones para la actual inestabilidad en la región, donde no está asegurada en absoluto la continuación de la dominación de EEUU. Cuando hay mucho en juego se requieren medidas desesperadas.

Una gran cantidad de personas, especialmente en el Medio Oriente, cuyo pueblo es de lejos el principal blanco y la principal víctima del EI y todas las formas de fundamentalismo islámico, piensan que EEUU creó deliberadamente al EI y al resto. Eso no es literalmente cierto. Aunque Washington, Londres, y Tel Aviv alentaron el islamismo en oposición a tendencias más radicales en la región, y aunque el funcionamiento del sistema imperialista creó las condiciones para el ascenso de los islamistas, hoy varias formas de fundamentalismo islámico son un problema irresoluble para EEUU y otros imperialistas occidentales. Sin embargo, la realidad que subyace a la “guerra contra el terrorismo” no es una alineación nítida de dos bandos. Al contrario, imperialistas rivales y potencias regionales se están moviendo para hacer avanzar sus propios intereses reaccionarios en convivencia y choque entre sí en un campo de batalla muy complejo. Al mismo tiempo, de forma general, todos los monstruos en contienda están avivando todo tipo de fundamentalismo religioso a nivel internacional, ya sea intencionalmente o como subproducto de sus estratagemas políticas y militares y de las atrasadas relaciones económicas y sociales que representan.

El capital imperialista hoy representado por gente como Obama y sus colegas “líderes occidentales” necesita del gobierno de gente como el rey saudí Salman y sus príncipes asesinos, que abogan por ideologías y sistemas obsoletos, pero que no tendrían poder alguno sin el imperialismo moderno. EEUU y sus socios y rivales no pueden dejar de hacer que el fundamentalismo islámico y otros tipos de fundamentalismo sean una característica cada vez más prominente del siglo XXI. La “guerra contra el terrorismo” es un fraude, ésta es una contienda sobre quién puede imponer sus intereses y el mayor terror. ◻